

PEARL HARBOR

A dramatic movie poster for the film Pearl Harbor. The top half features a dark, stormy sky with a bright, hazy light source breaking through the clouds. Numerous military aircraft, including fighters and bombers, are scattered across the sky, some in flight and others appearing to be in a steep climb or descent. The bottom half of the poster shows a dark, turbulent sea with white-capped waves crashing. The overall color palette is dominated by dark blues, greys, and a sickly yellow-green from the light source, creating a somber and intense atmosphere.

RANDALL WALLACE

Rafe McCawley y Danny Walker son dos jóvenes pilotos de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. Crecieron como hermanos, aprendiendo a volar en viejas avionetas.

Rafe se ha enamorado de Evelyn Stewart, una enfermera que cumple su servicio en la Marina.

La guerra los separa cuando Rafe se ofrece voluntario para luchar en el Escuadrón Águila, un grupo de americanos que lucha junto a los ingleses en la Batalla de Inglaterra. Con la promesa de regresar, Rafe pone rumbo a los mortíferos cielos del canal de la Mancha, mientras Evelyn y Danny son transferidos a Pearl Harbor, en el paradisíaco Hawaii.

Su edén se rompe en pedazos cuando reciben la noticia de que Rafe ha muerto en combate. Pero las cosas están a punto de tomar un giro mucho más dramático en el tranquilo Pearl Harbor.

LIBRO PRIMERO

Inocencia

1

Danny Walker todavía podía sentir el dulce aroma del pinar donde Rafe McCawley había perforado dos agujeros en el barrilete de clavos; luego había pasado una cuerda por ellos para atársela a la cintura como si fuera un cinturón de seguridad. Estaban sentados encima de la tapa que, aunque apenas era más grande que un orinal, alcanzaba para las estrechas posaderas de dos chavales de diez años que vivían entre la chatarra agrícola de la Gran Depresión norteamericana.

No obstante, tenían su propio avión.

Era un biplano, uno de los primeros fumigadores del Sur. Después de que se rompiera el lomo del fuselaje, y de considerar que el fatigado motor no ofrecía garantías si se usaba mucho, el padre de Rafe lo había comprado para conseguir repuestos. Las alas habían acabado convertidas en muñones de madera astillada, tela rota y alambre oxidado; la hélice era un viejo trozo de madera que Rafe había encontrado en la granja; y, además, el parabrisas cobijaba un nido de gorriones. Pero en otro tiempo había surcado el aire de Tennessee, y ahora, en la imaginación de los dos pequeños, volaba más lejos y más rápido que lo que ningún otro avión hubiera hecho antes.

—¡Se acercan por la izquierda! —aulló Rafe, y proyectó su hombro contra Danny.

Rafe era alto; tenía unos brazos delgados como cuerdas y la mirada vivaz de un piloto. Aunque sólo contaba once años, Danny había advertido esta cualidad en la mirada de su amigo: ni nerviosa, ni agitada; sólo vivaz.

–Los veo –replicó Danny por encima del rugido imaginario del motor de su avión, mientras Rafe hacía zumbir sus labios y sacudía el palo de escoba roto que controlaba el vuelo en su cielo imaginario.

–¡Dales, Danny!

–¡Los tengo, Rafe! –Y su lengua rozó los dientes, desencadenando una estrepitosa cadencia de fuego de ametralladora. A Danny le encantaba que Rafe se dirigiera a él por su nombre, como si fuera un hermano; era el único que lo hacía. Su madre le llamaba Daniel, pero había muerto cuando Danny tenía cuatro años. Y lo mejor que su padre le había dicho nunca era «muchacho». El pelo de Danny era castaño claro, como el de su madre. También tenía sus mismos ojos azules; al menos albergaba la esperanza de haberlos heredado de ella. Siempre que pensaba en su madre resplandecía en su memoria la imagen de la suavidad de su mirada cuando ella lo contemplaba amorosamente en silencio. Pero su existencia parecía ahora tan lejana... Había empezado a preguntarse si sus recuerdos no serían nada más que proyecciones de sus fantasías, y si no sería que la veía elevarse en el cielo como Rafe a su avión.

–¡Está detrás de nosotros! ¡Detrás de nosotros! ¿Lo ves?

–¡Lo veo, Rafe! –gritó Danny, y se giró en su asiento para disparar hacia la desgarrada sección de cola de su nave.

En realidad Danny no vio otra cosa que el granero y, más allá, los campos roturados, aunque para él brillaron por la simple dicha que le causaba aquella fraternidad. Estaba convencido de que Rafe podía ver el avión del Barón Rojo trazando un arco y lanzándose contra ellos. Rafe lo podía ver todo, todo cuanto pudiera imaginar. Esto era lo más asombroso de estar con él. Con Rafe existía el mundo que todos podían ver y, además, el que él podía percibir;

un mundo donde los restos de los aviones volaban y los niños eran pilotos y valientes...

Lo único que Rafe no podía ver era cómo se escribían las palabras. Sobre el salpicadero improvisado (hecho con un tablón) donde iban los controles del avión, había escrito con tiza las letras: *TINOM*. Danny, que había ganado los concursos de ortografía de la escuela primaria de Beaver Bottom los tres últimos años, nunca había podido oír una palabra sin que, al mismo tiempo, y con exactitud, viera mentalmente cómo se deletreaba. Y no es que sólo viera las letras; las oía cantar y jugar entre sí; oía su armonía o disonancia cuando brincaban dentro de su cabeza. Pese a todo, Danny hubiera cambiado todos sus dones visionarios por los de Rafe. En los juegos del estilo de «pies quietos», Danny veía el vuelo del balón —dónde rebotaba o adónde se dirigía— antes que nadie; era como si pudiera leer en el futuro del vuelo de un balón que no paraba de rebotar. Esto lo convertía en el mejor atleta cuando se trataba de batear o de recibir; pero además era tan veloz con las piernas y las manos como con la vista. La gran ventaja de Danny en el terreno de juego era que podía luchar. Cuando le golpeaban en la nariz, jamás gritaba: devolvía el golpe, siempre con más dureza que la recibida. Y gracias a esto, se selló su amistad.

Ocurrió un frío día de noviembre, con el cielo de un gris pizarra y el humor de la profesora a juego con él. Tras mandarles hacer una redacción de una página sobre el significado del Día de Acción de Gracias, les ordenó que intercambiaran las hojas con el compañero de clase más cercano. Era una de sus manías. «Corregíos la ortografía unos a otros», dijo, y las hojas crujieron a través de los pasillos. Danny siempre se había sentado al lado de Rafe. Solían dibujar batallas aéreas de la Primera Guerra Mundial mientras susurraban y se reían; pero hacían tanto ruido que habían conseguido que los separasen. Así pues, Cal-

vin Pearson se sentaba con Rafe, y cuando Danny vio el intercambio de hojas no tardó en sentir frío en el estómago.

Danny corrigió con rapidez a su nuevo compañero de pupitre: sólo había un error de puntuación y enseguida levantó la hoja. Fue entonces cuando percibió un miedo enfermizo en la cara de su amigo. Rafe no tenía ni idea de lo que estaba bien o mal en la hoja de Calvin, pero éste no era el peligro. Calvin miraba con cara de pocos amigos la hoja de Rafe; entonces sonrió y empezó a trazar círculos alrededor de las palabras con su lápiz rojo; y antes de que alguien pudiera hacer algo para impedirlo, Calvin había levantado el papel y, riéndose, se dirigía a la clase: «¡Eh, mirad lo listo que es Rafe!». El papel estaba cubierto de rojo, aunque no tanto como el humillado rostro de Rafe.

–Devuélvele la hoja, Calvin –dijo con acritud la profesora, y zanjó la cuestión en ese punto.

Pero no así Danny. Cuando llegó el recreo, atravesó corriendo la puerta de la escuela, se dirigió como una bala hacia Calvin y le dio un cabezazo en la nariz; entonces, abalanzándose contra su pecho, le golpeó con los puños hasta que los demás consiguieron apartarle, aunque se zafó un par de veces para volver a darle puñetazos y patadas.

Aquella pelea había marcado la vida pública de Danny como nada hasta entonces. Él y Rafe se convirtieron en algo más que amigos, en hermanos.

Los dos niños interrumpieron su juego cuando oyeron que cambiaban los sonidos del avión auténtico que los sobrevolaba, y que llegaron a su máxima intensidad cuando el aparato descendió sobre un campo exuberante de plantas jóvenes. En la cabina de vuelo iba el padre de Rafe, un diácono baptista que cultivaba sus propios campos, arreglaba cualquier cosa inventada por el hombre y convertía los cachivaches del prójimo en maquinaria útil. El

avión que en ese momento se dirigía en picado hacia la tierra era un fumigador que había construido a base de elementos sacados de un vertedero cercano a una base militar, y que había combinado con los extraídos de los restos del avión en los que jugaban Rafe y Danny. Lo había pintado de rojo rubí; las alas y la hélice relampaguearon por efecto del sol al abalanzarse a pocos centímetros de la tierra de cultivo, liberar una estela de insecticida y volver a elevarse hacia el cielo azul cristalino.

Danny pensó que era hermoso. «Como el cielo», fueron las palabras que acudieron a su mente. Acto seguido, tras ellas, y por alguna razón que no comprendió todavía, sonaron «Estado de voluntarios». Pasarían años antes de que, al describir su hogar, escribiera la siguiente frase: «(...) Quizá no sea el cielo; tan sólo Tennessee. Pero desde que existe una Norteamérica, los hombres han luchado y entregado su vida por este lugar... Como voluntarios». Entonces comprendería de dónde procedía el impulso de expresarse por escrito. Ahora valoraba la vida, y la paz, y se sentía dichoso.

Rafe, sujeto a su lado en el mismo asiento de barrilete de clavos, observó cómo el avión bajaba otra vez, soltaba una suave nube de insecticida, y subía de nuevo más alto al empujar su padre el mando de pie, mientras los alerones del timón de altura de la sección de cola cortaban el aire. Rafe lo vivía; en realidad, lo vivía todo. Para Rafe MacCawley, el mundo era una inagotable fuente de estímulos vitales, y vivía conectado a aquél a través de las sensaciones que llegaban a su corazón: movimiento, sonido, vista, olor... Todo afectaba a sus emociones.

No se le tenía por un niño emotivo. No tardó en darse cuenta –a su manera– de que la mayoría de la gente no experimentaba la vida de una forma tan vívida como él, por lo que aprendió a guardar su intensidad para sí. La mayoría pensaba que era callado e introvertido, pero para aquellos con los que se sentía en una comunión real –los

que tenían un espíritu brillante, un aroma a pan fresco, un gusto de agua fresca de manantial— Rafe era como un volcán de vida.

El corazón de Rafe se metía en aquella gente, y allí se quedaba.

Sabía que él y Danny serían amigos de por vida. Sus diferencias (tal como la habilidad de Danny con las palabras) no entrañaban obstáculo alguno; Rafe veía más allá del hecho de que la palabra escrita tuviera sentido para Danny y fuera tan confusa para él. Y, además, éste siempre estaba dispuesto a penetrar en el mundo imaginario que dos niños de Tennessee podían encontrar en un día cualquiera de primavera.

—¡Bandidos a las dos! —gritó Rafe.

—¡En picado! —le respondió Danny.

Y sus labios zumbaron al unísono imitando el ruido del motor mientras accionaban los mandos, el pie desnudo de Rafe sobre un pedal, y el de Danny sobre el otro. El granero que estaba a sus espaldas —sin más rastro de pintura que un letrero rotulado a mano que rezaba FUMIGACIONES MACCAWLEY— permaneció inmóvil en su sitio, por lo que los niños tuvieron que mirar los indicadores de control pintados con tiza sobre su improvisado salpicadero para ver cómo el mundo giraba y caía en picado a su alrededor. En sus mentes, los monos se habían convertido en chalecos de vuelo; sus pelos cortados «a tazón» se cubrían con cascos de piel: el equipo justo para salvar a Norteamérica del ataque del Kaiser alemán. Danny mantenía los puños delante de la cara y escupía ruidos de ametralladoras que enseguida se convertían en una explosión de sus carrillos.

—¡Buen disparo, Danny!

—¡Buen pilotaje, Rafe!

—Tierra del libre... —dijo Rafe con santa convicción.

—Morada del valiente —replicó Danny, como si dijera *Amén*.

Pero antes de que pudieran retornar a sus fantasías de enfrentarse a otra amenaza contra la seguridad de la democracia, la mano de un hombre se aferró a los tirantes del mono de Danny y arrancó a éste de la cabina de vuelo.

Pillado por sorpresa, supo de qué se trataba antes de verlo: era la mano de su padre, poderosa, maltrecha y sucia, la mano propia de un hombre con un solo brazo. Cole Walker, su padre, era un veterano de la Primera Guerra Mundial. Además de perder un brazo en los bosques de Argona había vuelto con los pulmones abrasados por el gas mostaza, así que no era un hombre inclinado a preocuparse por los asuntos de quienes conservaban intactos sus cuerpos. Arrojó a Danny sobre los pies y lo soltó, sólo lo imprescindible para hacerlo girar sobre su eje y agarrarlo de la pechera de la camisa, medio levantándolo del suelo y zarandeándolo.

—¡No haces caso, muchacho! Johnson vino a verme y dijo que pagaría diez centavos si le limpiabas la pocilga... Pero no te encontré por ninguna parte. Te tengo dicho que malgastas tu tiempo jugando con este crío estúpido que ni siquiera sabe leer... No llegarás a nada en la vida.

La vergüenza y el miedo que en ese momento bullían dentro de Danny sólo le permitieron decir:

—Él no es un idiota, Pa...

Antes de que pudiera terminar la frase su padre le arreó un bofetón que lo mandó al suelo.

Rafe, a quien la mano paterna ya había azotado el trasero, y que en una ocasión incluso había probado el rigor de la vara por haber soltado palabrotas delante de su padre, jamás había visto que un adulto abofeteara a un niño, y mucho menos que lo hiciera con tanta dureza como para tirarlo al suelo. Se había quedado tan horrorizado que fue incapaz de emitir ningún sonido.

Danny ni siquiera estaba sorprendido. Pero cuando su padre le volvió a agarrar, retorciendo los tirantes de su mono con tal fuerza que lo estaban asfixiando, Danny se

revolvió. No fue una buena idea: su padre empezó a atravesar el sembrado arrastrándolo con él.

—Pa... —jadeaba Danny—. Papá.

Pero la furia impedía a Cole Walker ver lo que estaba haciendo... Hasta que algo duro golpeó contra su espalda con tal fuerza que soltó su presa y cayó de bruces contra los surcos. Había recibido el golpe en lo alto de la columna, en la unión del cuello con los hombros, y el impacto le hizo pasar de un momentáneo resplandor blanco a la total oscuridad. El mundo se balanceó como el columpio de un porche; Walker se dio la vuelta y quedó boca arriba; sus ojos vieron entonces en las manos de Rafe lo que le había golpeado: la vieja hélice.

Rafe la sujetaba como si fuera un bate de béisbol, de lado, listo para golpear de nuevo.

—¡Déjale en paz! —le gritó Rafe.

Los ojos de Walker, coléricos, se le salían de las órbitas mientras se ponía en pie.

—¡Rafe... Papá... No!

Su padre no se había afeitado desde la última vez que le viera, hacía de eso tres días. Los arañazos de su cara, cubiertos de sangre seca, invitaban a pensar que se había tropezado con una valla de alambre de espino en algún momento durante su ausencia. Tenía los ojos inyectados en sangre, apestaba a vómito, y su apariencia era la de un asesino. Nada de todo esto asustó a Rafe, si es que realmente llegó a verlo; de lo único que parecía consciente en aquel momento era de la vulnerabilidad de Danny y del madero que sujetaba en la mano. Echó aún más atrás el trozo de madera y, como en un juramento, susurró:

—¡Te voy a partir en dos... alemán!

Las palabras despertaron algo en lo más hondo del cerebro roto de Cole Walker. Se quedó inmóvil, pestañeó como un ternero, y acto seguido empezó a toser entre horribles arcadas: un viejo soldado destrozado por la guerra de trincheras, el estrés, el tabaco y la bebida. Unos pulmo-

nes arruinados y una vida arruinada. Al final consiguió articular con voz entrecortada:

–Yo luché contra los alemanes. –Miró a Danny, y entonces se dio cuenta de lo que había hecho. Movi6 la boca un instante, y aadi6–:

–Danny, yo...

Se qued6 sin habla. Dio media vuelta y se fue tambaleando.

Danny mir6 a Rafe con una comunicaci6n m6s profunda que la sangre y seguidamente ech6 a correr detr6s de su padre.

–¡Pap6! ¡Pap6! ¡Espera!

Lleg6 hasta 6l, le tom6 de la mano y se fue caminando a su lado, agarr6ndole los dedos en se6al de perd6n.

Detr6s de Rafe, Jake McCawley carrete6 con el avi6n hasta detenerlo y apagar el motor. A Rafe se le hizo m6s audible el silencio que el ruido del aparato, y s6lo entonces mir6 a sus espaldas para ver a su padre, que observaba con el ce6o fruncido c6mo se alejaban Danny y Cole Walker a trav6s de sus tierras.

–¿Qu6 ocurre, hijo? –pregunt6.

–Nada –contest6 Rafe–. El padre de Danny ha venido a buscarle.

Volvi6 al destartalado avi6n y le restituy6 la h6lice. Pero su padre sigui6 observando c6mo se alejaban Danny y su progenitor. Al cabo de un rato Jake McCawley le pregunt6 a su hijo.

–Eh, chico, ¿quieres subir?

Los ojos de Rafe brillaron de placer; corri6 hasta el avi6n, salt6 encima del ala y puso el pie en la rodilla de su padre.

–Eh, pap6, ¿llevar6s alguna vez a Danny? –pregunt6 mientras su padre aseguraba los cinturones de seguridad.

–Claro que s6, hijo.

Cuando Jake volvi6 a encender el motor e hizo avanzar el avi6n tras girar en redondo, Rafe observ6 la espalda de

Danny mientras el aparato se alejaba. Entonces comprendió con absoluta claridad que, mientras viviera, no permitiría que nada hiciera daño a Danny Walker, a menos que antes acabara con él.

2

Veinte años después un escuadrón de aviones surcaba el cielo sobre un aeródromo del Ejército norteamericano en Nueva Jersey. Rafe era el líder de la formación, y Danny pilotaba el avión que iba justo al lado de su ala derecha. Los aparatos eran aviones de combate, pero Norteamérica no estaba en guerra. Era enero de 1941.

El mundo había cambiado mucho durante aquellos veinte años, aunque parecía que la mayoría de los cambios habían acaecido al otro lado de los océanos. Un hombre llamado Adolf Hitler controlaba Alemania, y mucha gente en el mundo –incluido el gran aviador estadounidense Charles Lindbergh– miraba a la otra orilla del Atlántico y también veía los cambios. Hitler había reorganizado el país tras el caos de la «Gran Guerra» –«la Guerra para Acabar con Todas las Guerras», como la bautizaron los periódicos–, y Alemania rebosaba de energía y motivación. Alguna gente –la mayor parte en Europa, una minoría en Norteamérica– se sintió inquieta por la dirección que se estaba dando a tales motivaciones, en especial cuando Hitler empezó a crear un gran ejército y a fabricar ingentes cantidades de nuevas armas.

Pero Hitler no era el único en hacerlo. Al otro lado del Pacífico, a la mayor distancia posible de Norteamérica que permite la Tierra, los japoneses habían empezado a construir su propio imperio a costa de sus vecinos.

En lugar de contrarrestar los esfuerzos de estos dos países por incrementar su potencial bélico, Norteamérica, en términos generales, los había ayudado. Japón no podía funcionar sin petróleo, y Estados Unidos continuó siendo su principal abastecedor. Durante años, los nipones habían comprado cuanto metal procedente del desguace se pudiera encontrar y, una vez más, Norteamérica –ávida de liquidez durante los años de la Gran Depresión– había sido su primera fuente de recursos. En el medio rural, una de las formas más sencillas de conseguir dinero para gastos personales consistía en reunir las piezas de desecho de los equipos inutilizados –que descansaban por doquier en los alrededores de cada granja–, y transportarlas a los desguaces de las ciudades, donde siempre había alguien dispuesto a comprar.

Hasta Rafe y Danny habían dedicado algún tiempo a aquel negocio. Lo dejaron el día que, de vuelta a la granja familiar de McCawley (donde ahora también vivía Danny), habían enseñado al abuelo de Rafe el dinero contante y sonante que habían logrado. El abuelo, sentado en una mecedora en el porche delantero, les había escuchado en silencio mientras ellos contaban exultantes el éxito de su negocio particular, así como los proyectos de inversión que albergaban para aquel dinero que, por primera vez en su vida, podrían gastar de manera discrecional. Cuando terminaron, el abuelo McCawley lanzó un largo escupitajo de tabaco y les dijo:

–Chicos, cuando este metal lo conviertan en metralla, y lo que antes fueron puntas de arados empiecen a silbaros en los oídos, no os vais a sentir tan felices de haber ganado este dinero.

El padre de Danny, para entonces difunto, había perdido su brazo a causa de la metralla y, después del comentario del abuelo, los chicos trataron de encontrar otra ma-